

Capítulo 2

Curar el cuerpo roto de la nación:

El *caudillo mago* y la “adaptación gozosa” de Soralla de Persia

En Costa Rica José Figueres, “Don Pepe”, es el *Gran Caudillo, padre de la democracia costarricense*. A partir de la guerra de 1948, él se convirtió en un héroe mítico o, propiamente en un mito. Es decir, en un modelo ejemplar: él es quien defendió/inventó la democracia, quien encarnó el proyecto “socialdemócrata” y dividió la historia en antes y después de él. Este produjo y contó con devotos, antes que con ciudadanos. La figura de Soralla de Persia surge en los años sesenta cuando la figura ya mítica de Don Pepe campea sobre la nación.

¿Cómo se relacionan Don Pepe y Soralla? Don Pepe reprodujo, con modificaciones, el patrón existente de caudillo y se convirtió en héroe mítico, Soralla creyó en él y lo tomó como modelo. Él es el personaje de quien es devota y con él ella se convierte en personaje. Tenemos dos actores, dos papeles sociales, dos géneros y un sólo drama. Soralla aparece como ejemplo concreto de los efectos de las prácticas representacionales llevadas a cabo para generar la adscripción de los individuos a la Nación, que suelen producir respuestas alternativas de algunos sujetos. El reciclaje que Soralla hizo de la figura de Don Pepe y las vías de expresarlo dan lugar a una relación en forma de espejo: Soralla refleja al héroe.

Las dos **hipótesis** principales de este capítulo se refieren a esa relación: En la posguerra costarricense, se hizo necesario curar el cuerpo roto de la nación y reinventarla como *comunidad imaginada*. La clase hegemónica lo hace por medio de un proyecto masculino y “socialdemócrata”, encarnado en su figura representativa: el *caudillo mago*. Soralla de Persia, figura vernácula, muestra un ejemplo concreto de respuesta alternativa a los efectos de sus prácticas representacionales.

Introducción

El espacio político quizá no sea más que un efecto de perspectiva. Un secreto tan peligroso, una hipótesis tan radical, el príncipe debe guardársela para él, en su posesión, en el más estricto secreto: pues es precisamente el secreto de su poder. De alguna manera desde Maquiavelo, los políticos quizá lo han sabido siempre: es el dominio de un espacio simulado lo que está en el origen del poder, lo político no es una función o un espacio real, sino un modelo de simulación, cuyos actos manifiestos sólo son el efecto proporcionado.

Jean Baudrillard.

El día 8 de octubre de 2007 tuvo lugar en las calles del centro de San José la marcha más grande que había visto Costa Rica. Esa protesta contra el Tratado de Libre Comercio, como la generalidad de las marchas y manifestaciones de esta década y de las anteriores, fue un espacio de disputa de símbolos. El rostro de José Figueres, hecho pancarta, acompañó esa, como todas las marchas, con una de sus frases: “si no vendemos la vaca siempre tendremos la leche”. Nadie sabe si en realidad Don Pepe dijo alguna vez tal cosa, pero eso tampoco importa. Además, como en varias marchas, un grupo de veteranos de la guerra del 48 apareció desfilando con las cachuchas y uniformes de soldados, que guardaron bien cuidados como un fetiche o como un “por si acaso”. La consigna persistente en la calle era: “si Don Pepe estuviera vivo, se habría opuesto al T.L.C”, (o mejor, estaría encabezando esta protesta). Sin embargo, la paradoja consiste en que el T.L.C. estaba siendo impulsado por el Partido Liberación Nacional, fundado por Don Pepe en 1951, y en los medios y discursos, sus actuales miembros aseguraban que de estar vivo, Don Pepe jamás se hubiese negado al “desarrollo” de Costa Rica diciéndole “no” a la firma del Tratado. Así, la figura de Don Pepe volvía a estar una vez más en el centro de la arena política y de las representaciones, ahora en disputa por dos polos opuestos que volvían a dividir al país casi como en 1948.

Los cambios políticos y sociales impulsados por Figueres redefinieron la Nación e intentaron formar los sujetos y subjetividades requeridos por su proyecto para su reproducción y mantenimiento. La construcción de esta figura de caudillo, fusionada con la de la democracia encuentra, con Soralla de Persia, un ejemplo de sus efectos y una respuesta singular. Don Pepe representa, hasta el día de hoy, uno

de los mayores referentes para la autocomprensión del país. Soralla lo puede ser para su comprensión.

Para configurar su imagen, Figueres y sus “biógrafos”¹ tenían, como cuenta Solís, grandes referentes latinoamericanos:

En las memorias de [Arturo] Argüello, Figueres es mencionado como un hombre convencido de tener las dotes militares de Bolívar y la brillantez de Martí, y de ser la única persona capaz de resolver los problemas de Centroamérica. Argüello habla de un delirio grandioso. En el libro *El espíritu del 48* la mención de los grandes aparece una y otra vez, como inspiradores o antecesores de su gesta. (Solís 2006: 363 -364).²

Figueres se proyectaba en la misma línea de continuación de los mayores caudillos, bastiones de la iconografía del discurso americanista (su primogénito se llama José Martí). Simultáneamente, tenía como ejemplo modelos inmediatos: los caudillos costarricenses de los años cuarenta. Por otra parte tenía que representar al presidente de la modernización de posguerra. El personaje de Soralla de Persia, cuya aparición se da al principio de los sesenta y muere a principios de los ochenta, y quien tuviera una gran presencia en la sociedad, desapareció con su muerte del espacio público, aunque no de los recuerdos de los costarricenses que coincidieron con ella. Y ambos están en el “panteón de las figuras paradigmáticas del mundo social”, y como dice Roberto da Matta de éstas, permanecen “sea como un ejemplo a ser imitado y posiblemente seguido”, en el caso de Don Pepe, “o como un tipo a ser evitado y expulsado hacia las zonas oscuras de nuestro mundo social”, en el caso de Soralla. (DaMatta 1997: 251. *La traducción es mía*). Sostiene el antropólogo brasileño que los personajes recurrentes en las dramatizaciones sociales son coherentes con las formas ceremoniales más básicas de la sociedad. “Don Pepe” es en este caso el nombre del personaje de patriarca, de héroe vencedor en una gesta gloriosa, y “Soralla de Persia” el de la “bruja”, la matrona sabia.

Lo anterior nos lleva a hablar, necesariamente, de **prácticas representacionales**, cruciales en tanto son *portadores ideológicos* de significados, dados en *sitios múltiples e interconectados de representación*. Stephen Greenblatt se ha referido a la reproducción

¹ Con el término “biógrafo” nos referiremos a todas aquellas personas que escribieron sobre su figura, reconstruyendo a la vez que colaborando a reinventar su vida, así no haya sido necesariamente a través del género “biografía”. De manera que en ese corpus biográfico se incluyen toda clase de textos, desde los de historia y los escolares hasta los que relatan la historia en periódicos y hasta en libros para turistas.

² Solís se refiere a la biografía escrita por Rosendo Argüello en 1954: *Quiénes y cómo nos traicionaron*. También hace referencia al libro escrito por Figueres: *El espíritu del 48*.

y circulación de un tipo particular de capital definido por la capacidad de imitación: el **capital mimético**. Este se traduce en una serie de representaciones, de imágenes y en aquellos dispositivos necesarios para crearlas, imágenes acumuladas como archivo, junto con los medios de producción y circulación. Son imágenes o representaciones que generan a su vez nuevas representaciones. Este proceso alcanza en la etapa moderna magnitudes globales debido a los dispositivos que las generan y las transmiten, que las hacen proliferar y circular. Se trata de la **tecnología representacional**.

Greenblatt se refiere a imágenes poderosas, que a su vez producen otras poderosas imágenes. Las más importantes serán, entonces, aquellas que logren reproducir el poder “manteniéndose y multiplicándose al transformar los contactos culturales en formas extrañas y a menudo inesperadas” (Greenblatt 1991: 6). Esta área de contacto de las representaciones con los receptores, que produce otras representaciones, es lo que Foucault llamó la **microfísica del poder**, localizada entre el funcionamiento de los aparatos e instituciones y los cuerpos con su materialidad y su fuerza (Foucault 1975). El término mimesis, entonces, es tomado por Greenblatt como una relación social de producción. La razón de esa reformulación la expone así:

(...) toda representación dada no es sólo el reflejo o el producto de una relación social, sino que es en sí misma una relación social orientada hacia el grupo de comprensiones, estatus, jerarquías, resistencias y conflictos que existen en otras esferas de la cultura en las cuales circula. Esto significa que las representaciones no son solamente productos sino también productores, capaces de alterar decisivamente las fuerzas que les dieron vida. (Greenblatt 1991: 6).

Pero Greenblatt recomienda no caer en el determinismo ideológico asumiendo que una cultura, clase o sistema de creencias implica particulares prácticas de representación. La alternativa que propone es:

(...) reconocer que los individuos y las culturas tienden a tener poderosos mecanismos asimilativos, mecanismos que trabajan como enzimas para cambiar la composición ideológica de los cuerpos extraños. Esos cuerpos extraños no desaparecen completamente, sino que son enviados a lo que Homi Bhabha llama la zona “*inbetween*”, la zona de intersección en la que todas las significaciones culturales determinantes son puestas en cuestión por una hibridez no resuelta e irresoluble. (p. 4. *La traducción es mía*).

Es en el espacio de la recepción de los procesos ideológicos, en donde se producen respuestas impredecibles. A simple vista pueden parecer incoherentes pero,

analizadas en su contexto, adquieren coherencia con respecto a un orden superior. Este orden es el del Estado, orden que es igualmente una cadena de fenómenos y acontecimientos heterogéneos y algunas veces impredecibles. No podemos dejar de lado el hecho de que la tecnología representacional es a su vez **tecnología de género**, que al nombrar y representar, crea la feminidad y la masculinidad. El género, como representación, “tiene implicaciones concretas, sociales y subjetivas para la vida material de los individuos” (de Lauretis 1987: ix), su construcción es producto y proceso de su representación, y ésta a su vez produce diferencias.

Las prácticas representacionales de Don Pepe, que analiza este capítulo, por las que se convirtió en encarnación de la democracia costarricense, fueron asumidas por la clase hegemónica de Costa Rica, al resultarle útiles y necesarias para cohesionar y curar el cuerpo de la Nación, para la reconstrucción de la patria que los proyectos políticos convierten en *campo pragmático, discursivo y ritualizado* (Valenzuela 1999).

El cuerpo roto de la Nación costarricense

En Costa Rica, los cincuenta son el “**período de posguerras**” pues, además de las consecuencias y grandes transformaciones en el mundo que trajo la Segunda guerra mundial, hubo una guerra civil en 1948 que significó una enorme ruptura histórica y la división de la comunidad nacional en dos bandos.

Por una parte estaba el bando liderado por Rafael Ángel Calderón Guardia, el gran caudillo que a inicios de la década de los 40, junto con Manuel Mora, líder del Partido Comunista, y Monseñor Víctor Sanabria, líder de la iglesia católica, había llevado a cabo “las reformas”. Estas condujeron al establecimiento del Seguro Social, las Garantías Sociales en la Constitución de la República y el Código de Trabajo, entre otras importantes reformas del marco legal. Los años cuarenta son así un período de transición de un modelo liberal a un modelo de Estado benefactor. En otro orden de cosas, Calderón Guardia también derogó las leyes liberales y le devolvió con ello a la Iglesia Católica un lugar preponderante dentro de la arena política. Este proceso de reforma estuvo acompañado de una mistificación del “Gran reformador”, que continúa como una figura superior de padre y “elegido”, para “el bien a la patria” y le permitía una gran concentración de poder. A la vez, también provocó severos desacuerdos y críticas por parte de la oposición, organizada alrededor de bandos y caudillos (Solís 2006).

Durante la década de los cuarenta, hubo fraudes en las elecciones así como serias disputas alrededor del Código Electoral. Fue una década de enormes tensiones,

alianzas y enemistades políticas que, de forma escalonada, quebrantaban el cuerpo de la Nación. Los quiebres producidos desembocaron en un enfrentamiento armado. Según lo describe Solís:

A partir de 1946, la sociedad costarricense avanzó hacia un severo desgarre. A principios de 1948 no existía una institucionalidad o una representación de la colectividad capaz de contener las fuerzas centrípetas activadas. Las diferencias políticas se habían agrandado hasta un punto en que no se reconocía ningún interés compartido entre los enemistados. En el torbellino de entonces, los bandos en lucha favorecieron la constitución de una segunda realidad, habitada por mártires y por santos, por paraísos abandonados a los que había que volver, y por demonios, serpientes de lengua viperina y fuerzas oscuras. De cada lado se agrupó un séquito de seguidores dispuestos a todo, persuadido de la justicia de su causa. Uno de los nutrientes de este cuadro fue la institución del caudillo patriarcal, con los atributos grandiosos (en sentido positivo o negativo) que a él se le asignaran. (Solís 2006: 239-240).

En 1948 Calderón, en medio de este clima hostil, pretendió subir al poder por la fuerza, ignorando y falseando el resultado de los comicios electorales y con ello se desató la guerra.

Por otra parte, al mando de los insurgentes estuvo José Figueres, enemigo del caudillo reformador, quien desde 1946 comenzó a reunir gente con propósitos de insurrección que empezaron con atentados. Cuando Figueres llamó al enfrentamiento armado en 1948, logró rápidamente la incorporación de muchas personas en sus filas. Acudieron gentes de todas partes del país, la mayoría sin experiencia en armas y “el gobierno” señala Solís, “sólo tenía un pequeño número de personas con formación militar. Casi todos los improvisados oficiales que guiaron a las tropas carecían de experiencia bélica alguna” (p. 284). De esa guerra se relatan muchos errores garrafales por inexperiencia, grupos sin dirección, insurgentes alcoholizados, combatientes de un mismo bando que se mataban entre ellos mismos, “guerreros” que no sabía manejar armas, acciones sin plan, sin táctica ni estrategia. La guerra duró en total cinco semanas, el conflicto y la violencia mucho más. Se desconoce el número exacto de muertos. Inmediatamente después de su triunfo, Figueres conformó una junta y proclamó la Segunda República.

Este encuentro armado de dos bandos pertenecientes a un mismo país, ocasionó una gran fisura en el tejido social y dejó a la comunidad nacional dividida en dos grupos de heridos que se odiaban profundamente: el de los figueristas y el de la alianza llamada “caldero-comunista” (por el apoyo del Partido Comunista). Los costarricenses pasaron la década de los cincuenta sumidos en guerras psicológicas,

como lo muestran, entre otros, Ortega (2005) y Solís (2006): fueron tiempos de amenazas, insultos, explosiones de bombas, asesinatos, abusos de poder, infamias, acusaciones de robo, saqueo, vandalismo, expropiaciones injustas, mentiras y corrupción. Las grandes mayorías que no participaban directamente de la política, enteradas básicamente por medio de la radio y en menor grado por la prensa, vivieron la década con miedo e inseguridad. La pacificación tardó en lograrse dada la magnitud de los excesos cometidos por ambos bandos y el miedo reinante. Entre las formas de violencia vividas, estuvieron también el fraude electoral, un levantamiento armado contra el gobierno en 1954, numerosos muertos y una invasión somocista-calderonista en 1955.

Poco después del fin de la guerra, la alianza de los calderonistas con los comunistas se tornó altamente problemática, dado el alto grado de anticomunismo que después de un tiempo condujo a los primeros, cuyo líder era además católico y anticomunista, a una separación definitiva. El enemigo u *otro amenazante interno*, que al principio de la posguerra era cualquier persona adscrita al bando contrario (aunque fuera el vecino o amigo de siempre, o un familiar muy cercano), pasó, poco a poco, a ser definido, a tono con los imperativos de la guerra fría, como miembro de un único grupo: el de los comunistas.

Dado este complejo sistema de relaciones, el cuerpo de la nación, según la opinión generalizada, estaba de luto, enfermo de cólera, herido de bala, ardido por el sentimiento de injusticia y el resentimiento, “desmembrado”. El amor y el odio, en la política conjugados, tejían alianzas y traiciones que mantenían un clima violento. Bajo estas condiciones, *imaginarse* de nuevo como *comunidad política y pueblo* (Anderson 1983; Balibar 1992) era imposible. Según Ernest Gellner la existencia de una nación, requiere que un grupo de gente reconozca deberes y derechos de manera mutua y firme, y se reconozcan entre sí como miembros de ella por encima de las diferencias (Gellner 1982). En este período, inmediato a la posguerra, faltaban esos requisitos, principios, ideales, sentimientos, discursos y valores comunes, a la vez que memoria compartida; el recuerdo inmediato nublaba la memoria social. Lo determinante era el trauma y las experiencias traumáticas (Halbwachs 1925, 1950, Caruth 1995). Esto condujo a la imperiosa necesidad de reconstruir la nación, de reinventarla para que albergara en un solo pueblo, más que a diferentes grupos sociales.

Cuerpo: Nación, hombre y mujer

“¿Quién otro en el mundo conoce algo así como “el cuerpo?”, se pregunta Jean Luc Nancy en *Corpus* (2006), para responder: “Es el producto más tardío, más largamente decantado, refinado, desmontado y remontado de nuestra vieja cultura. Si el Occidente es una caída, como lo quiere su nombre, el cuerpo es el último peso, el extremo del peso que tambalea en esta caída. El cuerpo es la gravedad.” (Nancy 2006: 9-10. La traducción es mía). Entonces ¿por qué (¡otra vez!) la analogía entre nación y cuerpo? La comparación de la sociedad con el cuerpo humano proveniente de la antigüedad, fue reactivada por los sociólogos evolucionistas, y en el siglo XX por figuras como Spengler, Toynbee. En nuestro caso adoptamos más bien la noción de Foucault, revisada por Judith Butler en 1993, del *cuerpo* como una materia que es el resultado de una dinámica de poder, “de modo tal que la materia de los cuerpos sea indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales.” (Butler 2005:19). De acuerdo con esta noción la materialidad del cuerpo es adquirida a través del proceso de repetición de normas reguladoras; el cuerpo lleva entonces inscritos, no sólo en su piel sino en cada célula, discursos y creencias, prejuicios y estereotipos, sistemas normativos.

Por su parte, Michael Taussig en su libro de 1992 *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente* (1992), destaca la capacidad del Estado para convertirse en un sistema nervioso que termina circulando en el mismo sistema nervioso de los ciudadanos, como estrategia por medio de la cual es posible ejercer control sobre los cuerpos de éstos. Se trata del poder, la norma circulando en el cuerpo a la vez que formándolo, invistiéndolo, hasta llevarlo a una “anatomía política”, según lo formuló Foucault hace casi cuarenta años (Foucault 1975).

El proceso de (re)construcción de la figura de la Nación como “socialdemócrata”, el de construcción de la figura del nuevo caudillo, y el de construcción de la figura de Soralla de Persia están relacionados, no sólo por el hecho de que el proyecto “socialdemócrata” y Soralla tuvieron casi los mismos años de vida. El cuerpo de la mujer ha sido visto y sometido como reproductor de la Nación a nivel biológico, cultural y simbólico, pues el proceso de construcción de la nacionalidad parte de nociones específicas de lo femenino y lo masculino. (Yuval-Davis 1997). Al cuerpo de la mujer se le han impreso discursos y normas que la lleven a funcionar para esa reproducción. A esta tarea primera, que demanda el Estado del cuerpo femenino, se avocó la mujer que dio luego vida al personaje de Soralla de Persia. En la década de

los cincuenta, cual gran acto simbólico (inconsciente), le dio diez hijos a la Nación y en la siguiente dos más. Sin embargo, sus prácticas no se plegaron de forma exacta a lo que los discursos mandaban, con algunas obedeció y con otras ejerció la subversión desde un espacio propio. Sus actos subversivos eran “permitidos” (entre comillas pues los medios se imponen por encima de los proyectos políticos), tolerados por las estructuras oficiales y combinados por ella con actos de identificación. Soralla, se salía de algunos esquemas de la mujer de su época, sin dejar el de la madre, y practicaba la *devoción* al caudillo y a su partido. Por lo demás, Soralla era astuta, bailaba con la identificación y la desidentificación. A su manera era “anómala”, fuera de lo convencional, y se movió también en zonas inestables y límites discursivos. Con identificaciones y desidentificaciones Soralla de Persia reclamó su derecho a la identidad personal y a construir, de la manera singular que lo hizo, su ciudadanía.

Desde *Gender trouble. Feminism and the subversión of identity* (1990) y *Bodies that matter* (1993), Butler establece un vínculo teórico entre materialidad del cuerpo y performatividad de género. De esa manera investigó el proceso mediante el cual la práctica reiterada (performatividad) y forzada (que por persistente se hace poder) de las normas reguladoras (prácticas discursivas) materializa el sexo y la diferencia sexual. Sin embargo, lo hace de forma incompleta, pues el cuerpo no es absolutamente *obediente*. Por esta razón hay rearticulaciones que cuestionan lo hegemónico, escapan a la norma o la rebasan, hacen entrar en crisis potencialmente productiva la consolidación de las normas del sexo, las brechas y fisuras que representan inestabilidades constitutivas. Soralla con sus prácticas no logró transgredir el sistema de normas, pues sus “desobediencias” se movieron dentro de lo que se le permitió, lo decisivo es que en la Costa Rica del proyecto “socialdemócrata” ella “**obedeció desobedeciendo**”.

El término dominante, fuerte, de la oposición lo representa la figura de Don Pepe, quien como hombre, tenía escritas en su cuerpo formas específicas de masculinidad y el derecho al espacio público. Mientras las mujeres se reproducen y reproducen, los hombres deben hacer y defender la Patria; a la vez que pueden aspirar a llenarla de significados. La ficción derivada del concepto Estado-Nación marca fronteras territoriales y crea el nacionalismo. Esta tiene el efecto de “naturalizar la hegemonía de una colectividad y su acceso al aparato ideológico del estado y de la sociedad civil” (Yuval-Davis 1997: 11). Sin embargo, dentro de esta colectividad hegemónica existen radicales diferencias causadas por las nociones de sexo y género. Este proceso se materializa en forma de *relaciones de poder generizadas*, que dan pie a diferentes formas de ciudadanía, atravesadas también por factores de clase y

etnicidad. Así, el género va a representar no a un individuo sino una relación social preexistente al individuo, venida del sistema sexo-género.

Don Pepe, al entrar en el campo político, es un agente de las estructuras y prácticas discursivas y constitutivas de la exclusión de las mujeres. Estas prácticas son fundamentales en tanto forman **la cultura nacional**, que Valenzuela define como:

(...) un proceso de recuperación selectiva e hipostasiada de referentes, símbolos, tradiciones, figuras arquetípicas, obras, actos memorables, valores y moral; la conformación de un metarrelato donde deberían reconocerse todos los grupos y clases sociales y desde el cual deberían conformar el sentido de sus vidas presentes y futuras. (Valenzuela 1999: 247).

Esta cultura nacional, “también incluye todas las prácticas gracias a las cuales una minoría detenta de manera más o menos ininterrumpida el control del país” (Monsiváis 1985: 40). Pero la figura de Caudillo premoderno se relaciona también con el carácter sacro que la puesta en escena de la Nación suele tener. La figura de un político, de un presidente, puede encarnar el Estado-nación y realizar actos simbólicos que la celebren. Los rituales que se inventan tienen como característica la participación de todos, “unidos en una fe”. “La nación ha inventado sus rituales específicos, valiéndose de los cuatro elementos que también son constitutivos para cada rito religioso: la excepcionalidad, la consecuente formalización, la repetición permanente y la asociación comunitaria.” (Françoise, Siegrist, Vogel 1995: 24-25. *La traducción es mía*). De esos rituales de celebración de la guerra y la paz se encargó Don Pepe como representante del grupo hegemónico, siendo el mayor, el que renueva el mito de la democracia sin quiebres, el voto cada cuatro años.

Cruzando lo anterior con lo planteado por Butler, podemos ver estos rituales y configuraciones simbólicas como parte de la performatividad del género que reafirma esos discursos, creencias, prejuicios, estereotipos y sistemas normativos, que la Nación y las personas que la habitan llevan inscritos en su cuerpo, y cuya repetición tiene como efecto habilitarlas y constituir las (temporalmente) como sujetos. Todo esto es coherente con el “sistema de sexo-género”, término que preferimos al de “sistema patriarcal” y que designa: “(...) una construcción sociocultural y un aparato semiótico, un sistema de representación que asigna significados (identidad, valor, prestigio, lugar en el parentesco, estatus en la jerarquía social, etc) a los individuos en la sociedad.” (de Lauretis 1987: 5. *La traducción es mía*).

Soralla de Persia, por su parte, también se hizo cargo de (re)inventar rituales, valiéndose igualmente de la iconografía y el lenguaje religioso, de los cuatro elementos

constitutivos del rito, para ocupar un lugar dentro de la escena pública y curar a su modo el cuerpo de la Nación. Siendo participante a la vez de la devoción al Caudillo.

Curar el cuerpo roto de la Nación: consolidación del Proyecto “socialdemócrata”

El *caudillo mago* y la “adaptación gozosa” de Soralla de Persia

El logro en el proceso de recomposición de la comunidad nacional empieza a perfilarse lentamente a finales de la década de los cincuenta. Para emprender el proceso de cura del cuerpo de la nación, en un espacio geográfico-cultural heterogéneo y con zonas desarticuladas, fue necesaria la formalización e institucionalización del nuevo proyecto de Estado y de Nación. El proceso exigió enormes pasos de reforma en las áreas más diversas de la organización de un país, para orientar la Nación hacia una nueva forma de ser modernos, “universales”, con una democracia local. Se trataba, ni más ni menos, que de hacer un país desde las brazas afectivas que había dejado la guerra.

¿Era este proyecto realmente socialdemócrata? Es posible argumentar, como lo hace Guillermo Villegas H. (Anexo 1), que los lineamientos de la Socialdemocracia europea no fueron tomados en cuenta para un proyecto que tomó ese nombre y actuó, en los primeros tiempos de José Figueres, de manera más bien espontánea, basada en el sentido común de sus líderes. Como afirma Edelberto Torres-Rivas:

(...) No existe pues tradición socialdemócrata en Centroamérica en la expresión ideológica y política que originalmente tuvo en Europa. Sí hubo, en el seno de las luchas políticas que se iniciaron después de 1945, proyectos reformistas y revolucionarios, es decir, ideologías, métodos, discursos que se produjeron siempre en el interior de las fuerzas de izquierda. Comunistas y demócratas liberales compartían el afán por la modernización del Estado, del ejercicio del poder, de la economía, de la cultura, de la sociedad entera. El peso del atraso político redujo la extensión de este desencuentro entre reformistas y revolucionarios a una pelea familiar y, precisamente por ello enconada, rencorosa. Aquí no se buscaba reformar el capitalismo sino desarrollarlo. Ni ampliar la democracia sino establecerla primero. Se produjo, sin duda, una ruptura ideológica con la historia previa, con la ideología liberal y sus resultados en la historia concreta. (Torres-Rivas 1992: 3).

Sin embargo, quizá el problema radique en la recepción e interpretación que se da en Latinoamérica, al adoptar y adaptar corrientes de pensamiento y proyectos de

desarrollo europeos a sus culturas políticas y formas específicas de poder; esto suele producir nuevas versiones. Por eso el término “socialdemócrata” va entrecorrido, pues determinante en él es, en el caso costarricense, un fenómeno no propiamente “socialdemócrata”: la figura del Caudillo, el enorme peso del personaje de Don Pepe.

Los principales pasos para la consolidación del proyecto “socialdemócrata” fueron:

1) **La Nación Jurídica:** Pasada la guerra, Figueres llamó a una Asamblea Constituyente en 1949, para fundar un nuevo país y declaró la Segunda República. Esto significó la actualización de la constitución con las nuevas necesidades del poder político. Con ella se eliminó el ejército y se estableció el Tribunal Supremo de Elecciones, se nacionalizó la banca y se impulsó la seguridad social, la educación moderna y el cooperativismo, entre otros logros necesarios para hacer un “borrón y cuenta nueva”. Es decir, para instaurar un nuevo orden con todas sus leyes, las que habrían de atravesar el cuerpo de la Nación y el de sus habitantes.

2) **La institucionalización de los vencedores:** fundado en 1951, el Partido Liberación Nacional con su máxima figura: Figueres, se encargó de diseñar un proyecto de país. Con él se inicia un nuevo capítulo de la historia nacional costarricense y un bipartidismo que prevalece hasta el día de hoy.

3) **Los aparatos del aparato:** Entre las décadas del cincuenta y setenta, fueron creadas más de 50 instituciones estatales para atender los problemas y necesidades sociales, en áreas tales como la vivienda, urbanismo, seguros, cultura, repartición de tierras, etc. Esto corresponde a lo que Gramsci llama un *aparato de hegemonía*. Según comenta uno de sus intérpretes,

Conjunto complejo de instituciones, de ideologías, de prácticas y agentes (entre los que encontramos a los “intelectuales”), el aparato de hegemonía no encuentra su unificación sino en una expansión de clase. Una hegemonía se unifica solamente como aparato, por referencia a la clase que se constituye en y por la mediación de múltiples subsistemas: aparato escolar (de la escuela a la universidad), aparato cultural (de los museos a las bibliotecas), organización de la información, del marco de la vida, del urbanismo, sin olvidar el peso específico de aquellos aparatos eventualmente heredados de un modo de producción anterior (del tipo de la iglesia y sus intelectuales). (Buci-Gluksmann 1979:66).

Una enorme cantidad de personas, perteneciente a la gran clase media, trabajó como funcionaria en esta burocracia, lo cual representaba también una enorme

cantidad de votantes para Liberación Nacional. Estos aparatos eran parte activa en el cuerpo de la Nación, la forma en que el Estado se materializaba y alimentaba con la norma todas sus células.

4) La Grecia del Caribe: El gobierno de Figueres emprendió una **reforma económica**, iniciada con la nacionalización del sistema bancario y llevada a cabo con la metáfora de la construcción de una “nueva Grecia en el Caribe”. Solís la describe como “armonía verticalmente inducida”, pues no implicó la participación de los ciudadanos, a quienes se les consideraba incapaces; los políticos estaban convencidos de que un pueblo ignorante y sin criterio propio estaba “(...) incapacitado para usar la razón, y tomar decisiones. Por lo tanto, el renacer debía construirse de una manera no democrática, bajo los golpes patriarcales de los nuevos Pericles.” (Solís 2006: 425). Por tanto, la gran mayoría quedó excluida como interlocutora en la construcción del nuevo proyecto que habría de incidir directamente en sus vidas, pero las reformas dieron origen a una gran clase media urbana y rural, y hasta finales de los setenta, Costa Rica tuvo indicadores sociales altísimos, sólo comparables en la región con los de Cuba.

5) La Nación territorial: Una enorme inversión estatal en infraestructura permitió que el país tuviera conexiones y estuviera electrificado, con carreteras, puertos, puentes, caminos y plantas hidroeléctricas. Estos vasos comunicantes conducían a una unificación del territorio y del mercado nacional y le daban solidez.

6) La Nación cultural: El diccionario histórico de conceptos estéticos (*Ästhetische Grundbegriffe*) incluye la categoría Nación, pues señala que “En pocos de los conceptos de la teoría del arte se puede reconocer, como en el caso de nacional/nación, la marca de la terminología estética en el marco de condiciones no estéticas.” (Barck, Bd 4, 2002: 377. *La traducción es mía*). El proyecto “socialdemócrata” no fue la excepción. La reestructuración, a la vez que creación del cuerpo institucional que requería llevó, por una parte, a la instauración de políticas culturales y educativas, en el marco de una iniciativa a nivel centroamericano para estandarizar el sistema, financiada por la Organización de Estados Centroamericanos y la AID en 1963. Diez años después se había logrado publicar dieciocho millones de libros para las escuelas primarias de la región (Rojas y Ovarés 1995). Reforzar la educación era fundamental, tomando en cuenta la nueva función legitimadora del “aparto escolar”.

Por otra parte, el nuevo proyecto tuvo desde sus inicios metas para el campo de la cultura y las artes. Como lo dice en una entrevista Fernando Volio, figura clave en la política y la cultura de esos tiempos, ya la primera Carta Fundamental del

Partido Liberación Nacional en 1951 habla de la cultura y dice que “(...) debe ser una preocupación fundamental de la nueva república que estábamos formando, de esa gran y significativa y fecunda nueva etapa de la democracia representativa costarricense.” (Cuevas 2006: 78). Sin embargo, esos años fueron conservadores; sus principales características, según Molina (2005), fueron: un consenso cultural estrecho, un enfoque tecnocrático e intolerante de los líderes que, unido al maniqueísmo de la Guerra fría, impidió el debate ideológico abierto.

7) **Las rutas del olvido y la memoria:** Controlar lo que se olvida y lo que se recuerda, suele ser una tarea a la que se avocan los grupos que llegan al poder después de períodos de grandes rupturas. Como dice Jacques Le Goff:

La memoria ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. (Le Goff 1991).

Para lograr esta “familia costarricense” era necesaria la *cura del olvido*, que empezó con un importante llamado al fin del odio hecho en 1958 por Figueres, quien hacía apenas una década había llamado a la guerra civil. Declaró algo así como el olvido por decreto y con él inició una nueva fase. Esta fase ha podido ser descrita así:

(...) de afianzamiento del silencio y de las lealtades personales en un momento expansivo y modernizador. Esta fase será seguida por los acercamientos entre los enemigos de antes y los acuerdos entre ellos, en el mismo proceso en que se consolidó el sistema electoral. Este periodo corresponde también al momento en que se elabora una lectura depurada de la historia, la institucionalidad y la política nacional, conveniente para las nuevas dinámicas caudillistas. (Solís 2006: XIX).

Cabe preguntarse si esta operación puede asimilarse a ese olvido que Ernest Renan pone como condición para que una Nación se constituya como tal. Más tarde, en 1962, como lo señala Solís, Calderón Guardia, el otro caudillo, hizo lo mismo que poco antes había hecho su “contrincante” Figueres: no podía quedarse atrás. Las bodas del Estado con la Nación ya las había celebrado Don Pepe, dándole la necesaria bendición capitalista. Una vez que los dos caudillos interpelaron a los ciudadanos para “olvidar como deber cívico”, éstos debían proceder a reprimir los recuerdos y los rencores y poner en escena la reconciliación.

Igualmente se creó memoria. En los setenta, las acciones de olvido y memoria alcanzaron la apoteosis con la figura del “Benemérito” y la declaración de

benemeritazgos estratégicos, y por ende, con la construcción de lugares de memoria, “*instrumentos de inteligibilidad de la Historia*” (Nora 1984). Así, un buen número de monumentos fueron erigidos para figuras antagónicas entre sí que, sin embargo, fueron invitadas a darle un retoque a la identidad nacional.³ Estas figuras formaron un todo coherente que Solís llama *santoral político*, equivalencia secular de lo que en la iglesia sería la declaración de santo o beato, que provee al pueblo de una imagería sacra que a la vez le recuerda la sangre que costó la democracia y el perdón que la sostiene. A partir de ese momento, cada cuatro años durante la “fiesta electoral”, el odio es renovado en dosis limitadas, pero el olvido vuelve a ser obligatorio una vez anunciado el nombre del nuevo presidente electo.

8) Volver a la Suiza Centroamericana: El discurso de una democracia autóctona y rural, basada en la “igualdad en la pobreza” vivida durante la colonia, y el ideal de un grupo homogéneo de costarricenses blancos y pacíficos, fue elaborado por los gobiernos oligárquicos liberales de la segunda mitad del siglo XIX. Después de 1948, la identidad se renegoció y se hizo necesaria la renovación de esa “imagen mítica de nacionalidad”, la (re)invención de la tradición de paz para reinscribirla en los imaginarios sociales. Se tomó material del pasado para elaborar un futuro armonioso en un país dividido. En los años sesenta ese objetivo fue reforzado por la comparación con los “vecinos conflictivos” de la región, sumidos en dictaduras y guerras internas, y coronado posteriormente con el Premio Nóbel de la Paz otorgado al presidente Oscar Arias en 1987. Costa Rica se ha imaginado, y lo continúa haciendo, como excepcional.

9) Erigir la Ciudad “socialdemócrata”: La ciudad es una zona de interconexión discursiva, en ella se cruza lo cotidiano con los discursos políticos, económicos, científicos y artísticos, y éstos a la vez la moldean. La impronta que dejó la etapa “socialdemócrata” en la ciudad de San José se ve de varias maneras. A partir del cincuenta, viejos símbolos del proyecto liberal, como lo eran el edificio de la Universidad de Santo Tomás y de la Biblioteca Nacional, entre otros, fueron demolidos sin tomar en cuenta su valor tanto histórico como arquitectónico. En su lugar, la ciudad se llenó de nuevos edificios con el estilo propio de esa época, que pretendían darle una cara moderna a la nueva Costa Rica.

³ Tal es el ejemplo de figuras como Rafael Ángel Calderón, Otilio Ulate, quien ocupara la presidencia después de la guerra civil del 48, Francisco Orlich, expresidente de la república por el partido Liberación Nacional y Carmen Lyra, escritora comunista, quien fue invitada a la fiesta de la repartición como doble excepción: por mujer y por comunista (hay solamente cuatro mujeres entre más de 82 beneméritos).

Otras de las obras más representativas de ese período fueron las grandes ciudadelas para la creciente clase media, compuestas de casas sencillas, que se dieron con préstamos pagaderos a largo plazo y bajo interés. Estas ciudadelas exhibieron en sus techos, durante muchas campañas electorales, miles de banderas verde y blanco del partido Liberación Nacional. Ese mar de agradecimiento verde y blanco se llenó de otros colores cuando empezó el derrumbe de las viejas afiliaciones, pero hasta hoy las ciudadelas son recuerdo de lo que fuera una “arquitectura socialdemócrata”.

10) “Incluir” a las mujeres en la Nación: Los hechos de la revolución pasaron a la historia como hechos de hombres, las diversas formas en las que participaron las mujeres no fueron resaltadas en el proceso de posguerra, dirigido por Figueres como el Caudillo. Gracias a la Constitución de la Segunda República, las mujeres llegaron a las urnas electorales en 1953 (desde comienzos de siglo un movimiento feminista luchaba por los derechos electorales, civiles y laborales).⁴ Muchas mujeres agradecieron con su voto primero, la primera participación en forma directa en el proceso electoral. El ganador fue José Figueres.

II

Introducción

El eco siempre tiene la última palabra.
Woody Allen.

Don Pepe era un hombre bastante pequeño. Pocas veces un político situado a la par suya resultó de su mismo tamaño, que a menudo aumentaba con un sombrero y zapatos especiales de tacón oculto. Sin embargo, el medio metro de estatura que le faltaba lo compensaba con la grandeza de su tono, con la firmeza de sus palabras, y con el despliegue de sus acciones. Es un lugar común en Costa Rica sostener que “no es posible describir su magia ni la admiración que despertaba”. Su forma particular de llevar la dirección del país no parecía obedecer a regla ninguna; era instintivo, impulsivo, audaz, y sabía salir de las situaciones más acongojantes con frases que hacían reír a sus seguidores y rabiar a sus enemigos, frases que no explicaban nada o casi nada, pero en su boca eran axiomas, porque también Don Pepe “hablaba como

⁴ En Costa Rica, la Liga Feminista se fundó en 1923.

el pueblo” y miles creían en él a ciegas.⁵ Era un *caudillo mago*. A la vez, cuando escribía, y José Figueres, Don Pepe, publicó muchos libros, escogía las palabras más abigarradas para expresarse como un verdadero letrado.

Taussig se preocupa por explicar la relación Estado-ciudadanos, en la que la figura del Estado es vivida como sagrada y la presencia estatal es percibida como *atracción erótica, fascinación y disgusto a la vez*, por poseer este binomio un “inmenso círculo de fuerza mágicamente reversible”. Su enfoque del fenómeno del *fetichismo del Estado*, la “reificación” del poder del Estado escrito con E mayúscula, de un poder que lejos de esconderse detrás de la máscara es la máscara misma, un poder mítico, subraya precisamente que su carácter de poder mítico, tiene un corazón de ficción. Por tanto, el Estado se percibe como “natural” a la vez que mágico. Este proceso es justificado por las acciones que emprende para garantizar el orden, que da a cambio de que los ciudadanos le entreguen su derecho de autogobernarse, mediante un contrato racional. Y es por eso que cualquier acción del Estado parecerá natural, pues tenido como fetiche, hace posible que la representación tenga carácter sagrado.

Por su parte Fernando Coronil, en su libro *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela* (1997), usa el concepto de **Estado mágico** para escudriñar la historia del país desde un “pensamiento latinoamericano”: una forma de entender la propia realidad. Su propuesta es un intento de tratar el asunto de la magia del Estado sin caer en la práctica de exotizar lo que se suele identificar con lo latinoamericano. El Estado mágico, dice, es una cuestión que va más allá de cualquier estado latinoamericano. Es una característica de todo Estado y toda formación cultural por lo menos en el mundo occidental, en donde los *políticos-magos* ejercen un poder de persuasión, cuyos artificios de producción, cuyos trucos de prestidigitación están como en los actos de magia, ocultos ante sus espectadores.

Ambos planteamientos le dan un nuevo matiz al concepto de hegemonía en los tiempos modernos y el caso de Costa Rica hacia 1948 es un ejemplo de ello. El Estado “socialdemócrata”, encarnado en la figura de Don Pepe, se constituyó como mágico: como un centro de poder y como tal, ejerció magia sobre sus ciudadanos, rodeado de un aura que lo hizo sagrado. Este poder y esta magia, concentrada en el hombre “fuerte y valiente”, que al empuñar las armas y arriesgar su vida para “defensa de la democracia” fue coronado Padre de la patria, le permitió ser una figura en

⁵ “¿Dónde está ese millón de colones que falta?” le preguntaron una vez a Don Pepe siendo presidente, “¡me lo comí en confites!” contestó con su seguridad de siempre y finalizó la explicación. Esa y tantas frases más, que igualaban la política al “vacilón”, al “choteo” son recordadas y repetidas hasta hoy y se siguen publicando en periódicos como recordatorios del “gran presidente que fue Don Pepe”.

extremo ambigua y que sin embargo apenas era percibida como tal: el Dictador-demócrata. En su contexto, esta figura mágica parece haber tenido la función de romper la dicotomía existente y enfermiza de liberacionistas/calderonistas y ofrecer una nueva imaginada como conjunción: caudillo/pueblo. El caudillo unificará a ese pueblo y lo lleva a configurar un todo. Con esa operación el Caudillo curará el cuerpo roto de la Nación.

Figueres encontró, en la figura del caudillo, la solución, el puente entre su fascinación por la figura del tirano y la imagen de gobernador de objetivos nobles, que quiere proyectar en el libro *Palabras Gastadas*.

La cultura popular es fruto de la voluntad de las clases dominantes...

Los dos apartados siguientes tienen como título una de las definiciones que hiciera Monsiváis del término *cultura popular*, distinto al término cultura tradicional; para él la cultura popular: “(...) es fruto de la voluntad de las clases dominantes y de las adaptaciones gozosas y anárquicas hechas por las masas a tal plan de dominio.” (Monsiváis 1978: 98). Estas “adaptaciones gozosas” no son obviamente procesos concientes, Monsiváis las describe como parte de una “avidez masiva” que toma los mitos producidos por las clases dominantes, a través de las innovaciones tecnológicas, y los hace *cultura popular*. Al dividir la definición en los títulos no planteamos el abordaje del tema desde una división entre *voluntad de las clases dominantes* y *adaptaciones gozosas de las masas*. Nos quedaremos con lo que la definición propone: su cruce.

La (auto)construcción de la figura de Don Pepe como mito es un proceso que empieza en los años cuarenta y dura toda su vida. De ella se encargaron él, los actores políticos que lo apoyaban y acompañaban, sus “biógrafos” y sus seguidores, y la tecnología representacional: radio y prensa, televisión e impresión de libros. Pero la figura del caudillo en Costa Rica tiene historia, viene de los planes de dominio de la etapa anterior a Don Pepe y proporcionó un modelo, para proceder a realizar su “adaptación gozosa”. Fue esa una etapa de verticalismo, de caudillos y ejercicio patriarcal del poder (Solís 2006). Los fundamentos que sostuvieron a Don Pepe, entonces, ya existían antes de su llegada. Tal y como lo aclara la arqueología que Solís realiza de la figura del caudillo en la cultura política costarricense, éste era tenido como pieza central de lo que se entendía como “democracia excepcional”, y así era recibido: “Los años cuarenta no crearon en primera instancia ciudadanos. Crearon

seguidores electorales de caudillos” (Solís 2006: 459). El terreno estaba preparado, el “caudillo” y los “seguidor de caudillos” eran modelos y prácticas.

Una “adaptación gozosa” equivale a lo que el análisis cultural ha teorizado con ayuda de la metáfora del *reciclaje cultural*, vinculado a la industrialización de los procesos simbólicos:

El reciclaje cultural tornaría entonces disponible de nuevo un material proveniente del pasado y ya utilizado, al separarlo de su contexto anterior o al vaciarlo de su contenido, para darle forma y utilización cambiadas. Y por otra parte, el *recycling* se dejaría también entender como una nueva forma de obtención de “materias primas”, aplicada a la segunda naturaleza, la industrialmente producida, del mundo de la vida moderna. (Rincón 1999: 348-349).

Por medio del reciclaje cultural, Don Pepe se perfiló como un caudillo diferente o de nuevo tipo: no venía de una familia aristócrata ni ligada al poder, no era de la capital sino de un pueblo alejado y rural en ese tiempo y no había pertenecido al campo intelectual. Ni siquiera había pertenecido al *Centro de Estudios para los Problemas Nacionales*, grupo de intelectuales formado a inicios de los cuarenta que más tarde pasó a servir de núcleo al Partido Liberación Nacional. Pero al entrar en el camino de la política y constituirse poco a poco en una figura fuerte en el campo de la disputa por el poder, al tener una gran respuesta de las clases populares que lo siguieron en la guerra, y al tomar el poder, fue asimilado y aprovechado por y para la clases hegemónica, articulado dentro de los procesos políticos de posguerra como figura de cohesión de la Nación. Don Pepe, a semejanza o paralelamente a Soralla, se alimentó del sistema que se alimentaba de él: Don Pepe y Soralla le servían como agentes en variadas y creativas formas.

Don Pepe ofrecía el óptimo vínculo con las clases populares: ni aristócrata, ni “ilustrado capitalino”, él era un hombre “sencillo” que “hablaba como el pueblo” y teatralizaba el poder de una forma muy diferente a la de los liberales. Su origen se convirtió en un excelente punto de partida: le permitió al personaje ser un caudillo finalmente cercano al pueblo, ser como y del pueblo e irse desarrollando y engrandeciendo como también debía ocurrir con la democracia. A la vez, fortalecía el nacionalismo, al contribuir a la legitimación del sistema político, aunque de forma insuficiente pues como lo comenta Roger Bartra, a partir del caso mexicano, éste “(...) se estableció como una forma mítica poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental típico del siglo XX. (...) El mito es eficiente para legitimar el poder (...) pero ineficiente para legitimar la racionalidad del desarrollo industrial”

(Bartra 1989: 192). La paradoja reside en que esa insuficiencia no impida sino que promueva la “adaptación gozosa”.

En otro orden de cosas, la figura de Don Pepe es la insospechada materia prima que Soralla de Persia adaptó para sus propias necesidades. Sin embargo, con su reciclaje Soralla no ingresó al campo político. Se quedó dentro de lo que se designa con el término de cultura popular. Cómo y por qué es lo que queda por ser mostrado.

La construcción de la figura de Don Pepe como mito “secular”

Yo llamo mito cuanto contribuye a hacer del valor específico del estilo de un artista, de un hombre, de un acontecimiento, un valor supremo y ordenador.

André Malraux

En 1987, con motivo de la celebración de los ochenta años de Don Pepe (1906-1990), la Fundación Friedrich Ebert y el CEDAL (Centro de Estudios Democráticos de América Latina) publicaron uno de libros apoloéticos más conspicuos sobre su figura, escrito por el periodista Tomás Guerra y titulado *José Figueres. Una vida por la justicia social*. La portada del volumen, cuya aparición resulta un regalo de cumpleaños, muestra a Figueres en sus ochenta con un largo bastón de bambú: es la imagen inmaculada de un patriarca con su cayado. En él se leen recurrentes denominaciones cuando de Figueres se trata: “progenitor de la Segunda República”, “padre de la Costa Rica moderna”, “gran caudillo costarricense y líder latinoamericano”. Óscar Arias, en el discurso que para la ocasión diera, publicado en el periódico *La Nación* del 26 de septiembre de 1986, dice que “(...) cuando ‘cumple años don Pepe, cumple años también Costa Rica’, pues él ‘no ha entrado en nuestra historia’, al contrario ‘ha hecho la historia que hemos vivido varias generaciones y que vivirán muchas más.’” (Guerra 1987: 28). Esta descripción corresponde literalmente con el mito: él es el “Padre creador”. La historia (*verdadera*) se inicia con él, quien es el acontecimiento primordial del que proviene la estructura de la realidad.

Y él es un mito, el último por cierto, con una función legitimadora del sistema político y reforzadora del nacionalismo. De ahí la condición de devotos de quienes han debido ser sólo ciudadanos.

En Costa Rica, la guerra del 48 y la figura de Figueres adquieren una relevancia enorme dado, además, que es un país falto de gestas gloriosas y grandes héroes. Las guerras de independencia vividas por otros países, no tuvieron lugar en nuestro

territorio pues para ello peleó Guatemala como Capitanía General. La batalla contra William Walker y los filibusteros en 1856, tuvo lugar en Rivas, Nicaragua, y ella legó ante todo al héroe nacional, el mulato Juan Santamaría, quien surgió como tal obviamente sólo décadas después, cuando los liberales inventaron la nacionalidad y necesitaron de un héroe.

De modo que Don Pepe como mito, con su grandeza vino a darle en un momento clave de la historia nacional, mejor y más reciente material a los cultos cívicos, territorialización en el espacio nacional a la gloriosa historia de las batallas y ritmo a la celebración de los escasos héroes. Con él, la república adquirió dos fechas de nacimiento y el nacionalismo un gran contenido. Pero como bien lo advierte el historiador mexicano Enrique Florescano:

(...) la faz oscura del nacionalismo hizo su aparición en diferentes países cada vez que asumió la forma de una religión nacional; cada vez que esa cultura situó a la nación abstracta por encima de la política y de los grupos de carne y hueso que la integraban. En esos casos el nacionalismo edificó los mitos que supuestamente engendraron a la nación. (Florescano 1996: 498).

Y Don Pepe rehacía la historia, había parado el reloj y lo había echado a andar de nuevo con la proclamación de la Segunda República, y así engendró un nuevo mito. La historia de Don Pepe es singular pero no por haber sido caudillo, él no fue el primero ni el único que han tenido los costarricenses, aunque sí el último. La historia de Don Pepe es singular porque él ha sido constituido hasta hoy en el Caudillo, él encarnó la tradición de caudillos y llegó a ser el gran héroe secular con su propia épica, y así los mitos seculares sean seguidos con rituales y devociones que no distan mucho de las del mundo de las representaciones religiosas.

Don Pepe fue un héroe mítico en el sentido que supo fijar el **College** de Sociologie y particularmente su principal animador, Roger Caillois, en *Le mythe et l'homme* (1938):

Es tiempo entonces de dar todo su sentido a la noción de héroe, que en el fondo, está implícita en la misma existencia de las situaciones míticas. El héroe es por definición aquél que les encuentra una solución, feliz o desgraciada. Pues el individuo sufre ante todo por no poder salir jamás del conflicto de que es presa. Toda solución, inclusive violenta, inclusive peligrosa, le parece deseable; pero las prohibiciones sociales la hacen imposible psicológica más que materialmente. Delega entonces al héroe su lugar, y este es, por naturaleza, aquel que viola las prohibiciones. Humano será culpable, y mítico no cesa de serlo, queda marcado por su acto y la purificación,

aunque es necesaria, jamás es completa. Pero a la luz especial del mito, la grandeza parece justificarlo incondicionalmente. (Caillois 1972: 25. *La traducción es mía*).

Caillois se apoya en *Les éléments de la grandeur humaine* (1931), de R. Kassner, para quien la “grandeza” se define como poseedora de “un poder de transmutación ética”. Si aparece tocada de culpabilidad, resulta de todos modos superior a aquellos principios en virtud de los cuales sería culpable. Según Caillois, en concordancia con Kassner, desde este punto de vista “la grandeza” es la finalidad del mito (Caillois 1972: 26. *La traducción es mía*). Después de la guerra civil, o más aún con la guerra civil, José Figueres fue el héroe mítico que creó/definió la democracia costarricense. Como político, encarnó el proyecto “socialdemócrata”, y en esa doble condición o, propiamente, en esa conjunción.

**Origen mítico:
el anuncio de su nacimiento, la niñez excepcional y el camino iniciático**

Toda figura mítica, ejemplar en la historia, es excepcional desde el inicio de su existencia y muchas veces desde antes de su nacimiento. Su niñez suele diferenciarse de la común. La figura de Figueres estaba rodeada de una leyenda en la que él creía y proyectaba, y en la que creían sus seguidores. Cuenta Arturo Castro Esquivel, uno de sus biógrafos, que circulaba el rumor de que la madre de Figueres había tenido, ya antes del nacimiento de su hijo, la profecía de que él sería un “jefe que reformaría jefes”:

Este deseo materno en parte impulsa y en parte aporta elementos (adicionales) para entender el rigor con que fue educado el joven. El primogénito tenía un “destino” que cumplir. También ayuda a entender la creencia, fuertemente arraigada en Figueres, que él estaba llamado para algo especial, para ser jefe sobre los jefes. (Solís 2006: 363).

De su niñez, Don Pepe (y sus biógrafos) contaba, variaciones más, variaciones menos, lo que repite en esta entrevista:

Yo fui desde muy pequeño, lo que llamábamos, un excéntrico. Por ejemplo, nunca bailé, por una aversión, tal vez, a la diversión superflua, tal vez por un poco de vanidad, de ser distinto a los demás. (...) A los siete años dejé todo juego y me metí en el estudio: estudiaba de todo. (...) el primer receptor de radio que hubo en Costa

Rica hecho por un costarricense lo hice yo. (...) conozco todo lo que se escribió el siglo pasado sobre marxismo. (Guerra 1987).

Esta es la descripción de la génesis de un hombre excepcional, contrario a un hombre vulgar en su sentido estricto, un niño “ensimismado” y ávido lector, que dejó el juego por el estudio, que se retrajo ante las actividades corrientes, un niño que tiene claras desde siempre su diferencia y su misión.

La descripción de su juventud continúa de acuerdo con los mismos parámetros. Don Pepe no realizó estudios universitarios, contrariamente a los presidentes antecesores, y a su propio padre como también a su enemigo principal Calderón Guardia, ambos doctores. De modo que era indispensable solventar esa “carencia” (aunque demostró ampliamente que no lo era), construyendo su figura de autodidacta, de erudito y adelantado. En sus múltiples hojas de vida, aparecidas en libros de todo tipo e incluso en la Wikipedia, se habla siempre del período que pasó en Estados Unidos como “viaje de estudios”, recluido en la legendaria biblioteca pública de Boston y no muy lejos, para modernos entendedores, de Harvard University y del MIT. En los años de este “primer viaje iniciático” adquirió “conocimientos fundamentales”. Sin embargo, ese hecho no fue lo que más le agregó peso a su biografía, sino lo que a partir de él reconstruyeron él y sus biógrafos. El aprendizaje autodidacta en la académica y aristocrática Boston fue apenas una preparación. En una de sus biografías, publicada apenas en 1955, leemos que durante el periodo entre el regreso de Estados Unidos y su inicio en la política, Don Pepe pasó doce años en una finca que adquirió y a la que dio por nombre *La Lucha sin fin*. Este periodo fue de un intenso aprendizaje de otro tipo, un periodo análogo al del Ayuno de Jesucristo en el desierto y al del camino de Buda:

Le acompañaban sus libros y sus herramientas de trabajo: el Diccionario Monumental de Webster (...) las obras completas de Shakespeare, *El Quijote*, las obras de Spencer a las que ahora se habían agregado las de Nietzsche, Schopenhauer y Kant, la *Historia de la Filosofía* de Durante, Diccionario de Voltaire, La Biblia y, además, tratados de economía política, finanzas, ingeniería, matemática, etc. Junto a la pala, el machete y el hacha. (...) Quería conocer la filosofía alemana. Sentía en mi formación ese vacío. (Castro 1955, citado en Guerra 1987: 59).

Es un tiempo de apropiación de todos los altos saberes humanísticos (posiblemente ya dominaba a los clásicos griegos), que entendemos como un tiempo de lectura y reflexión intensivas, es decir, de aprendizaje en soledad. Don Pepe acude a los maestros seculares pero también a la Biblia. De esta manera se forma a él mismo

y durante más de una década, en su universidad (uni)personal, se prepara para la dirección del país. Pero no por ello olvida la tierra y se aleja de las cosas del mundo (Jesús antes de salir a predicar era albañil o carpintero como su padre), sino que combina, en su autoconstrucción, la filosofía y las letras con lo que hacen aquellos a quienes luego él habría de gobernar.

Primer sermón y segundo viaje

José Figueres, todavía no es Don Pepe, dio un discurso radiofónico el día 8 de julio de 1942. En él denunciaba “las deficiencias, la corrupción y las mentiras del gobierno” con muchos ejemplos concretos. Al irrumpir la policía en la emisora, pronunció las últimas palabras: “Me mandan a callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse. Pero lo resumo en pocas palabras: ¡lo que el gobierno debe hacer es irse!” (en Guerra 1987: 73). Después de esto fue encarcelado y deportado a El Salvador. De allí pasó luego a Guatemala y a México. Este viaje parece ser clave en su vida pues, como comenta Solís, él no conocía Centroamérica y luego él mismo dice haber enfrentado y entendido las duras realidades, los problemas de las dictaduras y la pobreza del indio, entre otras penurias regionales. A su regreso Figueres fue recibido y ya visto con rasgos de héroe, y es durante ese viaje, de casi dos años, que toma la decisión de empuñar las armas para emprender una lucha de liberación. Así, ya de regreso en Costa Rica, cada paso posterior lo dio para planificar una acción armada, ni más ni menos, y entonces convertirse en la cabeza de un movimiento revolucionario democrático, con pretensiones de ser reconocido como tal en todo el continente y comenzar la *liberación de Centroamérica* en suelo costarricense (Solís 2006).

El enemigo necesario

Solís dedica buena parte de su libro a hablar de la construcción que hace Figueres de Calderón Guardia como “dictador”. El dato clave lo suministra su expulsión del país cuando Calderón era presidente en 1942. La insistencia y el interés que tiene Figueres en ese perfil, le sirve en tanto lo coloca a él mismo en la posición de víctima de ese “terrible dictador”, que lo humilló encarcelándolo y luego expulsándolo de Costa Rica. Incluso habiendo conocido dictadores centroamericanos, nos dice Solís, Figueres insiste, sin embargo, en que Calderón es un “tirano aborrecible”, sin detenerse a estudiar los otros casos ni hacer comparaciones, con obvias diferencias:

El concepto de dictadura, tal y como lo entendía Figueres en 1942, contenía una definición personal y subjetiva de la realidad. Era un concepto que servía para subvertir la realidad que le ponía límites, para dominarla o someterla, pero no para entenderla (Solís 2007: 361).

Así, Figueres construyó a su propio diablo, y así lo transmitió a sus seguidores. En Calderón Guardia como enemigo concentró todas las imágenes que hacían falta para una guerra, le atribuyó todo lo malo del mundo y con ello justificó su levantamiento armado, el desencadenamiento de la guerra civil y los muertos que esta causó. Actitudes y actividades como estas, según dice DaMatta, son propias de sociedades jerarquizantes, en las que el personaje nunca debe ser el hombre común, “(...) el héroe debe siempre ser un poco trágico para ser interesante, con su vida siendo definida por medio de una trayectoria tortuosa, llena de peripecias y desenmascaramientos” (DaMatta 1997: 257. La traducción es mía.). De manera que así es más meritorio el triunfo.

El evangelio según Don Pepe: “Palabras Gastadas”

En 1942, durante su exilio en México, Figueres escribió su libro *Palabras Gastadas*, en el cual explica su visión de la política y del **hombre**, del *contrato social* necesario para la democracia. El libro va a ser uno de los pilares de afianzamiento de su imagen mesiánica. En el prólogo, hecho por su compañero Alberto Martén, éste se refiere al escrito como “(...) un Evangelio de convicciones cívicas y humanas, y una reflexión serena situada en los excelsos prados de la filosofía social” (Figueres 1942, en Solís 2006: 347). Solís lo ha caracterizado en términos precisos:

Allí se mencionaba el ideal platónico del rey-filósofo, la figura que en La República estaba llamada a invertir las tendencias que llevan hacia la degeneración y la tiranía. Los atributos que se dan a sí mismos los ‘ingenieros’ de la Segunda República, los convertía en émulos del rey filósofo. Como reyes encarnaban la ley. (p. 425)

Con la descripción que de él mismo hace en el texto, la de un hombre muy seguro de sus dotes y su misión de líder, y con las figuras de las que se ve reflejado, dice Solís que Figueres: “Se coloca en el gran escenario de la historia universal, al lado de Atila, Bolívar, Lincoln, Martí, Lenin, Nietzsche, y Marx (...)” (p. 347). Resumiendo, es esa imagen con la que Figueres actuó luego, en las décadas por venir, a menudo bajo sus propias reglas, y logró de esa manera un apoyo popular enorme, a medida

que se identificaba más con su propio personaje y lo representaba con más fuerza, hasta fundirse con él y ser uno solo para sí y para sus devotos.

La Lucha sin fin: el lugar de la iniciación de la gesta

La finca que José Figueres tenía desde sus 21 años se llama, según ya se dijo, La lucha sin fin, nombre del cual dice Guerra “(...) como lo han señalado todos sus biógrafos, revela una profesión de fe, por más que él pretenda desmitificarlo” (Guerra 1987: 58). Fue en ese lugar en donde comenzó la lucha armada contra Calderón Guardia. En sus terrenos se entrenaron algunos voluntarios durante varios meses. Luego fue atacada por fuerzas del gobierno durante la insurrección y pasó después de la guerra a ser parte de los lugares (santos) históricos, de la memoria nacional. Pero más que una “profesión de fe”, el nombre describe la actitud y el camino que debe tener todo héroe, y “la trayectoria del héroe sigue la misma curvatura de la sociedad que engendra la dramatización, ya que, en ambos casos debe ser lo que todavía no se es, el atisbo de futuro abierto” (DaMatta 1997: 258).

Promesa e instauración del reino de Liberación Nacional

Las palabras **democracia, libertad y socialismo**, dice Don Pepe en su libro seminal, son *Palabras Gastadas* pero inmortales y renovables que: “(...) preparan al hombre para el goce de un reino celestial que la técnica ha de crear aquí en la tierra, donde el alma no tenga otro solaz que el Arte, ni otro incentivo alentador que la conquista, incipientemente del saber” (Figueres 1942, en Guerra 1987: 88). Más tarde, durante la guerra y desde su cuartel general, Figueres vuelve a prometer ese reino de los justos, ya en calidad de Comandante en Jefe del ejército de Liberación Nacional, y mediante dos proclamas. En la primera afirmaba:

Un movimiento tan noble, tan esclarecido y la vez tan popular como el nuestro no podrá jamás establecer un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos nos mueve el espíritu del siglo XX que es el siglo del “pueblo”. (...) El día que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza. (...) La victoria del Ejército será la Segunda República; y la victoria de la Segunda República será el bienestar del mayor número. (...) Abran todos los costarricenses los brazos a los gloriosos soldados de la Segunda República, que juran, sobre la sangre vertida, dedicarse a construir una patria sin miseria. (en Castro 1955, citado por Guerra 1987: 141).

Después de la guerra, el “reino de los justos” descendió sobre Costa Rica, pero no fue el reino sempiterno que él pensaba. Figueres escribió muchos libros más, por lo que Guerra lo describe como un “estadista destacado en el campo de la producción literaria, principalmente en el género narrativo”. Su propio testimonio sobre el 48 no faltó entre los muchos que se publicaron. Además, otros autores continuaron destacando, con descalificación o devoción, sus hazañas y sus palabras; de modo que como mito sólo podía engrandecerse.⁶

Y además, a Don Pepe ¡lo vimos en la televisión!

Existe un factor determinante en la historia de Don Pepe: aunado a su convicción personal de ser un hombre grande, y a la fuerza que desplegó después de la guerra como cabeza de los vencedores: Figueres tuvo a su favor la “tecnología representacional”, la radio, como ya vimos, la prensa, cuya difusión masiva y cobertura nacional, había comenzado en 1946 (Fumero 2005: 19), dos años antes de la guerra, justo a (su) tiempo, y la televisión. La televisión, dice Greenblatt, es una versión sofisticada de la *maquinaria representacional*, del capitalismo internacional, un “(...) dispositivo guía en el momento de la producción, reproducción y transmisión de los textos culturales” con un “inmenso poder de transformación” (Greenblatt 1991: 4). La imprenta fue inicialmente un gran dispositivo tecnológico aliado, pues además Don Pepe publicó muchos escritos.⁷ Pero ante la televisión los otros medios palidecen. Esta hizo su entrada triunfal en los hogares costarricenses en los años sesenta. Figueres, al momento de la llegada de este dispositivo, aún sin ser presidente, fue una de *las imágenes que importaban*, en tanto impulsaba la reproducción del poder. Poco antes de él, los políticos se servían básicamente de la radio para llegar a

⁶ Sirva un extracto de la entrevista hecha a Guillermo Villegas H (Anexo 1), excombatiente, amigo y colaborador de Don Pepe, para ilustrar el trabajo, en colaboración, de construcción de su imagen: “don Pepe fue en una oportunidad a Harvard y lo acompañaba el Padre Benjamín Núñez, eso fue allá por 1950 y tenían unos profesores amigos y se fueron a almorzar, y el Padre Núñez le mandó al Diario La República, que la habían adquirido recientemente don Pepe, don Chico y Murray principalmente, le mandó un cable diciendo que don Pepe se había reunido con seiscientos profesores y dos mil y tantos estudiantes de Harvard. Eso se publicó y comenzaron con ese cuento. Entonces don Pepe fue cogiendo aires de gran conferencista. Se había sentado efectivamente con tantos cientos de profesores y con tantos cientos de alumnos, pero porque estaban en el mismo salón almorzando... Y don Pepe comenzó a coger aires, se fue ligando a la gente del Partido Demócrata, se ligó mucho a dirigentes demócratas de Estados Unidos de ese tiempo y termina siendo amigo de Kennedy.”

⁷ Entre ellos hay títulos de sus libros que no precisan de comentario, como *Los deberes de mi destino*, de 1957; *El espíritu del 48*, de 1987.

todo el país, la prensa era de menor cobertura, de modo que hasta los sesenta, miles de personas nunca vieron la figura de los presidentes en pleno movimiento.

Este aparato, además de que le brindó a Don Pepe eso que Greenblatt llama “el placer de la autorrepresentación”, aceleró la cristalización del mito, en tanto reprodujo constantemente eso que de ‘conducta ejemplar” debe tener todo héroe mítico. Esto resultó factible en un país como Costa Rica, sin industria cinematográfica, en el que los héroes del cine eran por lo tanto mayormente estadounidenses y mexicanos. La televisión trajo la oportunidad de ver por primera vez a los héroes nacionales en pantalla. Por todo lo anterior, Don Pepe quedó inscrito en los imaginarios sociales como el hombre más dispuesto a inmolarse por “el bien de la patria”, a garantizar la democracia y a procurar el mejor de los destinos para sus gobernados. Y así, todavía indeleble, permanece para muchos costarricenses hasta el día de hoy.

...y de las adaptaciones gozosas y anárquicas hechas por las masas a tal plan de dominio

La reestructuración llevada a cabo durante la posguerra, es un momento intenso de producción de significados, de relaciones entre los sujetos y el modelo político, que llevó en Costa Rica a especificidades culturales. Don Pepe era una figura altamente significativa para la población femenina. Como ya señalamos Figueres fue el presidente que le dio a las mujeres el derecho al sufragio. Sin embargo, los alcances de esa medida fueron limitados, en términos de ciudadanía, tomando en cuenta la inequidad entre géneros existente y la cultura política de caudillos, patriarcas y héroes de guerra esa época. Después de la guerra la participación de las mujeres en la construcción del nuevo proyecto (poder legislativo, municipalidades, administración pública) fue primeramente casi nula y luego aumentó muy lentamente. La desigualdad estructural, por la que se excluye a las mujeres de la política y los puestos de toma de decisiones hizo que, salvo raras excepciones, a las mujeres les fuera asignado el papel de espectadoras de los procesos de la reconstrucción del poder político en la posguerra.

Esto implicó que, aunque se sintieran atraídas a desenvolverse en ese campo, independientemente de las cualidades con las que hubieran podido participar, tenían que limitarse a otros espacios (uno fue la militancia en partidos de izquierda) y a ser firmantes obligadas de contratos redactados con lenguajes masculinos por y para hombres, y ejecutados por ellos. Todo esto ocurría en un contexto en el que se hablaba de construcción de una “democracia representativa” y se reafirmaba en el imaginario nacional la existencia de una Costa Rica igualitaria. Con lo anterior,

podemos ver que durante los años de juventud de Soralla de Persia, las posibilidades de participación de las mujeres en puestos desde los que se tomaban decisiones y se nombraba y significaba el mundo, estaba básicamente en manos de hombres y caudillos. En esos años, no obstante, hubo algunas figuras femeninas relevantes en el gobierno, como Carmen Naranjo. Aparte, otras pocas mujeres participaron desde otros puestos⁸ que se ubican tanto en el campo de la cultura como en el de la educación, más fácilmente asociados con una dirección femenina y desde un punto de vista masculino tradicional “menos riesgosos” que el resto.

De modo que Soralla de Persia, quien obviamente estaba desde siempre con los vencedores, quien declaraba ser liberacionista y de quien no sólo su familia asegura que era amiga personal de Don Pepe, fue parte de todas aquellas mujeres que se dedicaron a admirar al líder, lejos de las estructuras de reconstrucción del país. Pero su cercanía a figuras del partido hizo que, hasta hoy, en el ejercicio de recordarla, las personas entrevistadas la asocien insistentemente a ellas y a algunos de sus presidentes. Por su manera de aparecer con ellos, de imponerse entre ellos, de forzar su presencia en el archivo, podemos pensar que construyó su forma propia de pertenencia al partido, una “militancia muy alternativa” que reforzaba la devoción y la teatralización de la democracia. Soralla de Persia tuvo a Don Pepe como su caudillo y luego como su amigo. A la vez, con él como modelo, ella se encargó de su propia “adaptación gozosa”, de su propio reciclaje. No exagera al decir en su “autobiografía” (Anexo III), que “Guiada por la mano de José Figueres Ferrer y siendo este insigne estadista su guía y consejero, dio sus primeros pasos en la política y en la vida pública(...).” Don Pepe fue una representación, es decir, una relación social y un productor de representaciones y Soralla, con su “fantástico poder asimilativo”, hibridizó esa representación.

Las “vidas” de Don Pepe y Soralla pueden cotejarse tomando como base información “confirmada”: 1) Para Don Pepe: datos históricos de sus biógrafos y de una entrevistas que él dio, cuyo contenido sirve como ejemplo de los relatos que sobre él se solían contar; 2) Para Soralla: datos históricos y trozos de su autobiografía, citados textualmente (entre comillas), como único ejemplo de los relatos que ella acostumbraba variar en mil versiones. Con esta comparación, en forma de espejo,

⁸ Otras mujeres del período socialdemócrata, que cabe mencionar son: Estela Quesada, Ministra de Educación y Ministra de Trabajo, funcionaria del servicio exterior costarricense y representante de Costa Rica ante la Organización de las Naciones Unidas; Ema Gamboa, Decana de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica y posteriormente Ministra de Educación; Lilia Ramos, directora de la Editorial Costa Rica y Graciela Moreno quien ocupó la dirección de Radio Nacional para pasar luego por muchísimos años a ser la directora del Teatro Nacional.

en las invenciones de Soralla se ve reflejarse la figura del *caudillo mago*, como mito o construcción ejemplar, de manera que constituye una respuesta específica a una forma de producción de significado, un producto concreto de la relación entre un sujeto y la teatralización de un modelo político. Se trata, como siempre, en el caso de una biografía, del resultado de construcciones propias y ajenas.

Existen tres modelos en la cultura y la literatura occidental para confrontar y correlacionar figuras disímiles pero cercanas. Plutarco, con sus 46 biografías paralelas de una personalidad griega y otra romana, ofrece el modelo por excelencia, desde la antigüedad, con una estructuración ideal para confrontar personalidades históricas y míticas, e historias que parecen demandar de por sí la comparación. De la época de la Ilustración francesa temprana tenemos otro gran modelo: los *Nouveaux dialogues des morts* (1683) de Bernhard de Bovier de Fontalle. Este filósofo, secretario perpetuo de la Academia, ideó divertidísimas conversaciones sostenidas en ultratumba que explican posiciones, actitudes, motivos y acciones realizadas en vida por sus históricos protagonistas. El tercer modelo es contemporáneo: Jacques Derrida y su deconstrucción de posiciones estables y fijas, que aparecen como oposiciones binarias regidas por irreductible diferencia. Desde *Positions* (1972) Derrida enfocó el límite entre los dos términos, para situarse en un territorio fronterizo en que la diferencia entre ellos es menos obviamente oposicional y menos claramente determinable, para conseguir la descripción de la lógica oposicional.

La correlación que proponemos aquí, a manera de espejo, con pretendida inspiración en Gramsci, desestabiliza los encolumnados de los procesos culturales o los elementos de lo hegemónico y lo subalterno. En la primera columna, los elementos de lo hegemónico hacen lo que les corresponde, “hegemonizar”, y los segundos, dentro de ese juego maniqueo, “resisten”.

DON PEPE

-Con un discurso en la radio se perfila como el enemigo del presidente y esto le ocasiona el destierro, del que luego regresa como héroe/víctima de un “dictador”.

-Se presenta y es presentado como excepcional y ejemplar, como héroe mítico, como el padre de la Costa Rica democrática.

-“desde la biografía de Castro Esquivel aparece la mención a una profecía anunciada a la madre, antes del nacimiento

SORALLA DE PERSIA

-En un programa de radio da vida a su personaje de “pitonisa” que la lleva al éxito.

-es “excepcional y ejemplar.”
“una excepcional mujer, honra de Costa Rica, de la patria y del mundo.”

-tenía que “cumplir una misión muy especial en la tierra”.

de Figueres. El vehículo fue un anagrama. Según el anagrama profético que tomó forma en las manos maternas, el primogénito de la familia Figueres Ferrer sería alguna vez un “jefe que reformaría jefes”. (Solís 2006: 363).

-Es hijo de un doctor catalán: “En alguna medida él se entendía como un europeo en suelo americano, con una tarea civilizadora” (p. 356).

Su padre era “monárquico, franquista y católico fervoroso” (p. 357).

“Ya en los años treinta el nombre del doctor Mariano Figueres era mencionado como eminente y humanitario médico español muy conocido por la sociedad de la capital” (Barrenechea 1986: “Figueres despertó a Costa Rica, en Guerra 1987:3 5).

-“Yo fui desde muy pequeño, lo que llamábamos, un excéntrico. Por ejemplo, nunca bailé, por una aversión, tal vez, a la diversión superflua, tal vez por un poco de vanidad, de ser distinto a los demás. (...) A los siete años dejé todo juego y me metí en el estudio: estudiaba de todo. (...) el primer receptor de radio que hubo en Costa Rica hecho por un costarricense lo hice yo. (...) conozco todo lo que se escribió el siglo pasado sobre marxismo.”(Guerra 1987).

-Fue enviado a San José al Colegio Seminario, un colegio católico para una educación exclusiva. (p. 48).

-No tuvo educación universitaria “Al terminar la secundaria Figueres no siguió ninguna educación formal. No es claro incluso de que hubiese concluido la secundaria” (Solís 2006: 358).

“Ella nació con un don, era una psicóloga natural que ayudaba a mucha gente” (comentario que repiten muchos de los entrevistados).

-“Desciende por línea directa de la real casa de los Reyes de España y tiene título nobiliario de Marquesa de Aguayo”.

“su bisabuelo el Dr. José Fermín Meza y Orellana, fue el primer médico y dentista que llegó de España a Costa Rica enviado por su condición de nieto del Marqués de Aguayo, por el Rey de España a Centro América.

“Hija del hogar formado por los Doctores don Manuel Rojas Alpízar y doña Catharina Meza Murillo. Ambos odontólogos egresados de La Sorbona de París, Francia. Ambos grandes educadores pertenecientes a las más rancias familias de Costa Rica. Familias de ascendencia noble y de gran abolengo”.

-“Como ella desde su más tierna infancia lo decía: ‘mi amor por los pobres y el deseo de ayudarlos es la meta de mi vida. No solo por los que sufren hambre y necesidad física, sino espiritual”

-“En su adolescencia fue escritora de numerosos y bellísimos poemas, y prosas maravillosas”.

-“Fue criada en exclusivos colegios católicos fuera de Costa Rica, recibiendo así una educación completísima, que la capacitaría en la vida para ‘llevar a cabo su obra.”

-No tuvo educación universitaria.

-“Le acompañaban sus libros y sus herramientas de trabajo: el Diccionario Monumental de Webster, las obras completas de Shakespeare, *El Quijote*, las obras de Spencer a las que ahora se habían agregado las de Nietzsche, Schopenhauer y Kant, la *Historia de la Filosofía* de Durante, Diccionario de Voltaire, La Biblia y, además, tratados de economía política, finanzas, ingeniería, matemática, etc. Junto a la pala, el machete y el hacha. (...) Quería conocer la filosofía alemana. Sentía en mi formación ese vacío.” (A. Castro 1955, citado en Guerra 1987: 59).

- En Palabras Gastadas “Se coloca en el gran escenario de la historia universal, al lado de Atila, Bolívar, Lincoln, Martí, Lenin, Nietzsche, y Marx” (Solís: 347).

Figueres es la única persona que ha ocupado tres veces el puesto de Presidente de la República.

-“Yo cooperé activamente con la CIA, o ellos conmigo en todo lo que era cultural. (...) En la clandestinidad me topaba con la CIA hasta en la sopa”(Bolaños 2008: 113)

-En los balcones de Radio Monumental Don Pepe da su primer discurso.

- “Un movimiento tan noble, tan esclarecido y la vez tan popular como el nuestro no podrá jamás establecer un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos nos mueve el espíritu del siglo XX que es el siglo del “pueblo”. (...) El día que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza. (Proclama de Figueres

-“Guiada por la mano de José Figueres Ferrer y siendo este insigne estadista su guía y consejero, dio sus primeros pasos en la política y en la vida pública”.

“Como dijo una vez el Prof. Don Carlos Monge Alfaro: “La vemos y la adoramos. Es maravillosa. Es una mujer divina.”

Ha ocupado “junto con su esposo cargos de Embajadora, Cónsul y Canciller en diferentes países del mundo, que le permitieron conocer más a la gente y estudiar mucho”.

- SORALLA DE PERSIA ha pertenecido siempre a diferentes asociaciones culturales y sociales del mundo.

-Ha ocupado cargos de mucha responsabilidad y ha llevado representaciones muy especiales, casi siempre de alto nivel confidencial.

“Quién no recuerda a SORALLA DE PERSIA desde los balcones de Radio Monumental, para la Marcha del Colón, para la construcción del Hospital Nacional de Niños. Trabajando casi setenta y dos horas sin descanso. ¿Quién no recuerda a SORALLA DE PERSIA en unidades móviles y a través de todos los caminos de toda Costa Rica pidiendo ayuda para la terrible tragedia del Reventado en Taras de Cartago. Para el terremoto de Nicaragua. Para la gran tragedia del Arenal, etc, etc, colaborando siempre con la Cruz

hecha durante la guerra. En Castro 1955, citado por Guerra 1987: 141).

-Don Pepe es llamado en Costa Rica “líder latinoamericano” (Guerra 1987: 7).
Figueres quería ser la cabeza de un movimiento revolucionario democrático con pretensiones de ser reconocido como tal en todo el continente y comenzar la liberación de Centroamérica en suelo costarricense (Solís 2006)

“...se ligó mucho a dirigentes demócratas de Estados Unidos de ese tiempo y termina siendo amigo de Kennedy. (Villegas en Entrevista en Anexo 1).

“Figueres abandonó la comodidad del hogar paterno y la facilidad de la vida vernácula y emprendió viaje a Estados Unidos, para hacer su propia experiencia y asumir su propia formación, con respecto a la cual tenía ya planteado un objetivo definido y que él más tarde ha resumido en la siguiente forma; “quería ser un hombre del Renacimiento” (Entrevista en Guerra 1987: 48).

-Fundó el Partido Liberación Nacional.

Roja Costarricense como voluntaria, poniendo al servicio del pueblo de Costa Rica sus carros, su dinero, su esfuerzo y su trabajo.”

-“No ha habido quien en Costa Rica, Centro América, U.S.A. México, Colombia, Venezuela y España no haya escuchado sus programas a través de las más responsables televisoras y radioemisoras.”
“es conocida no sólo en Costa Rica y Centro América, sino en muchísimos países del mundo”.

-“Fue gran amiga del presidente John F. Kennedy”.

-Ha dado conferencias sobre diferentes tópicos y temas en muy prestigiosos centros intelectuales culturales y educativos del mundo. Habla varios idiomas y se especializa en profundos estudios genéticos y genealógicos. Ella dice que : “ese es mi hobby”, lo mismo que lenguas muertas y arcaicas. Otro de sus hobbies es la afición de filatelia y numismática.

-ella hizo sus propias investigaciones y estudios de Astrología, esoterismo y parasicología, en lugares que en aquellos tiempos fueron los mismos que los tres Reyes Magos frecuentaban para ver las estrellas y predecir grandes acontecimientos del futuro.

Asistió a varios congresos de filosofía, con representaciones muy especiales.

“filósofa tiene sus teorías y su filosofía es muy propia, con ideas muy nuevas y sumamente originales”.

-Fundó el Templo Blanco del Gran Oráculo Universal.

El espejo anterior muestra series de similitudes que podrían continuar siendo ampliadas. El rasgo predominante es la desmesura en la (auto)descripción de los personajes y la obvia fantasía que encierran ambas biografías. El parangón muestra además rasgos culturales compartidos por ambos, tal es el caso del respeto por el ilustrado, el letrado; ambos buscan nombres de letrados como figuras legitimadoras y ambos se presentan como eruditos. Al leer ambas descripciones es difícil decidir cuál de las dos es más sobresaturada, más barroca, más al borde de la hiperrealidad.

Pero Don Pepe era hombre y Soralla mujer. Don Pepe desde la cuna y sin posibilidades concretas, como hombre podría haber aspirado a la presidencia de Costa Rica. Soralla, por el sólo hecho de su sexo y su género, no hubiera podido soñar ni con ese ni con los puestos políticos que decía haber tenido. Ambas figuras, dentro del sistema de género, llevaban escritos en sus cuerpos los mandatos a los que vemos que obedecieron. Ambos se dedicaron al reciclaje: él, en el campo de la política echó mano al arquetipo de patriarca y llegó a ser Caudillo mago; ella echó mano al arquetipo de bruja-madre-consejera, por medio del performance. Tanto se distanció Figueres de la figura del caudillo tradicional como Soralla de la de tradicional bruja. La adaptación del arquetipo a las condiciones del momento histórico que les tocó vivir se les hizo necesaria y su importancia reside en que supieron con su reciclaje reconocer esa necesidad.

Lo que normalmente tenía que ser práctica de espacio privado, Soralla lo llevó al espacio público, como milagro concedido por los medios de comunicación. Las prácticas representacionales hechas por y para Don Pepe desde el espacio público, generaron devociones que pasaron del espacio público al privado. Pero al echar mano al capital mimético, que contiene como archivo relaciones y mandatos de género, y con él reiterar la norma con la performatividad de su género, ambos personajes materializaron y reafirmaron a su manera la diferencia sexual.

...pero ahora ya no quedan hombres en este país

Los pasos descritos tuvieron implicaciones fundamentales en el ámbito de las relaciones de género, pues los discursos, en cuanto *tecnologías de género*, las afectan y se inscriben en el universo simbólico de quienes los reciben, los reiteran y reafirman. Las relaciones de género son un nexo dinámico, interdependiente, mutuamente estructurante, pero sus interdependencias no implican igualdad de participación en los procesos sociales. El proceso histórico mencionado se dio en el marco de un sistema masculino basado en la figura de héroes de guerra y del caudillo como figura

heredada de la etapa anterior. El grupo hegemónico que detentó el poder, se encargó de reordenar tanto a nivel político como simbólico, el mundo de la vida cotidiana de sus *subalternos*. El poder político que alcanzó, más allá de los aparatos de hegemonía creados, fue el de moldear la sociedad en nombre de sus metas idealizadas, del bien común y la construcción de la democracia, instrumentalizando categorías universales, tales como derechos civiles, igualdad y justicia, cuyo contenido se redefinió cada vez de acuerdo a sus intereses.

La historia pasó a escribirse como historia de hombres: los que arriesgaron su vida, los que pelearon por la patria y se expusieron a las balas, es decir, a la muerte. No hubo en la historia oficial heroínas o mujeres ejemplares. Los hombres obedecieron a su responsabilidad asignada. La guerra fue un inmenso acto de performatividad de género y ante esto, a las mujeres les quedó el agradecimiento y la colaboración, junto con la exclusión de la reconstrucción institucional y simbólica del país. La democracia se orientó más al establecimiento de los derechos clásicos que a la superación de formas de exclusión para apuntar hacia la igualdad en la diversidad y la equidad de género. El grupo de los vencedores autoritarios, lleno de antagonismos como suelen estar los grupos que detentan el poder, no construyó la democracia con la ciudadanía como realidad política sino como abstracción filosófica, con lo que no constituyó una excepción dentro de América Latina.

Pero este proceso llevó a una redefinición de lo masculino y lo femenino. Como señala Alfonso González, en la década de los cincuenta había en Costa Rica una relación entre violencia política e identidad masculina: una identidad autorreferencial, una relación de competencia entre machos, sin la mujer como figura de contraste. Entonces *hacerse hombres*, “(...) equivalía a emplear la fuerza para intimidar y violentar al adversario, lo cual había sido parte de la masculinidad de quienes habían participado en la Guerra Civil de 1948” (González 2005: 27-28). Ese “hacerse hombres”, ese sentimiento de haber alcanzado “la mayoría de edad” con la guerra, implicó la subyugación de lo femenino (mujer y naturaleza).

Luego el patrón sufrió modificaciones debido a la modernización cultural, pero también debido al discurso de paz que se hizo necesario para reestructurar la identidad nacional y no volver a precipitarse a la violencia y la guerra. Así, la guerra y la exigencia de paz dejaron su impronta grabada en los imaginarios sociales, reflejada y canalizada, por ejemplo, a través de la devoción al caudillo guerrero y pacificador que eliminó el ejército. Se logró que el cuerpo de los costarricenses, atravesado por las tecnologías de género producidas para afianzar la democracia, portara el mandato de la “paz” como identidad nacional.

Por eso actitudes tan representativas como las de Guillermo Villegas H. Se trata de un excombatiente, miembro por muchísimos años de Liberación Nacional, periodista de Casa presidencial durante varios gobiernos y amigo de vida de Don Pepe (Anexo 1). Al comentar las formas como se asumieron las protestas contra el Tratado de Libre Comercio en Costa Rica durante el proceso de su discusión y hasta su aprobación en el 2007, Villegas H llega a calificarlas de “pasividad” y exclama con tristeza honda: “antes hubiéramos peleado de verdad, pero ahora ya no quedan hombres en este país”.

Cierre:

Soralla de Persia: Una anatomía política “desobediente”

El *Caudillo mago* y los pasos expuestos, los más significativos del proyecto “socialdemócrata”, lograron la cura de las heridas del cuerpo de la nación. Hasta hoy, el recuerdo del 48 aflora rencoroso como advertencia y reclamo cuando la situación política se agudiza; pero lo que prevalece son cicatrices y no heridas sangrantes que lleven a la violencia. Las acciones emprendidas a partir de los cincuenta lograron generar gran cohesión y la redefinición de la comunidad imaginada, e imaginada como pacífica y armoniosa, blanca, letrada, igualitaria, excepcional y superior en toda Centroamérica, tal es la identidad “vallecentrista”. Después de la guerra civil y a pesar de las crisis posteriores, se impuso ese proceso: la norma invistió al cuerpo de la Nación y volvió a circular por él y el de sus ciudadanos, formándolo social y jurídicamente, (re)formando su *anatomía política* (Foucault 1975).

Al examinar el permiso y la tolerancia que la presencia de Soralla de Persia tuvo en la vida pública de entonces la pregunta es cómo ella se abrió paso en medio de los grandes cambios de esta etapa y de la acción de sus tecnologías de género, y cómo ella le sirvió a y fue utilizada por la nueva propuesta política. Este proyecto, meramente masculino, tenía su discurso de inclusión de las mujeres, cristalizado en el proceso del sufragio. A la vez, era un proyecto presentado como democrático, lo cual presuponía la participación universal de todos. Como inicio de una nueva etapa, la Nación necesitaba un clima de amplitud y tolerancia, que después de tanta violencia e intolerancia expresadas con balas y bombas, demostrara la amplitud y la efectividad de su democracia y garantizara a largo plazo la estabilidad. Con las prácticas de Soralla, históricamente prohibidas por la Iglesia Católica desde la inquisición, pero ahora legitimadas por los medios, condenadas por los liberales con la ideología del progreso y luego contrarias a los ideales del desarrollo, el grupo

hegemónico podía mostrar (que no impedir) su compromiso con el ejercicio sano de la democracia.

En cuanto a Soralla como mediadora, resta decir que ofrecía la “magia” a la más amplia gama de personas. Entre ellas, estuvo cerca de algunos políticos destacados de esas décadas que lidiaron con su imagen de hombres fuertes al lado del pueblo y a la vez con la incertidumbre que los acompañó ante el agotamiento paulatino de todo modelo de desarrollo, implementado no sólo en Costa Rica sino en América Latina.

Soralla, por una parte, obedecía a un buen número de mandatos y expectativas de su tiempo como lo eran la maternidad, la afiliación al partido de los vencedores y la admiración hacia ellos, la pertenencia a la religión oficial, el culto a la academia y a la alta cultura, espléndidamente claros y ejemplificados en la descripción que de ella misma y de su familia hace en el artículo incluido en el anexo III. Contaba además con otros importantes atributos: era blanca y del Valle Central. A la vez, manejaba un discurso que se alejaba de las prácticas religiosas oficiales pero sin polemizar con ellas ni contradecirlas. Sin embargo, realizaba sus acciones “sin obedecer” con exactitud a los mandatos para su género, al insertarse en la vida pública. Con sus prácticas enfrentó y dislocó los discursos que las elites gobernantes diseñaban como sujeto “socialdemócrata”, mostrando los límites de su efectividad simbólica y social, pero a la vez propuso su propia forma con la que sirvió al sistema. Ella, como mujer, como mujer “sola” (lo cual significa estar sin un hombre) y abandonada (por un hombre), con un estigma de enfermedad mental (vía explicatoria más rápida), en lugar de haber aceptado el papel que el sistema de género le asignaba, la maternidad que la confinaba a la esfera privada, se dedicó a conquistar espacios, elaborando una estrategia discursiva e iconográfica a punta de negociaciones, desde las posibilidades que como mujer tenía y conquistó en ese tiempo.

Esta necesidad de procurar otros espacios podría confundirse con lo que Butler llama “el fracaso de las fantasías identificatorias” que “constituye el sitio de la resistencia a las leyes”. Pero como se ha visto, Soralla practicó intensamente la identificación, solamente que lo hizo desde un lugar confuso. No reiteró las leyes correspondientes a las mujeres de la forma convencional, esperada, sino de una forma aparentemente rebelde, incoherente e impredecible. Es una figura en el espejo de la representación del *caudillo mago*. Pero la misma Butler advierte:

(...) el fracaso o la denegación a reiterar la ley no cambia en sí mismo la estructura de la demanda que hace la ley. (...) La desobediencia a la ley se transforma en la promesa de lo imaginario y, en particular, de la inconmesurabilidad de lo imaginario

y lo simbólico. Pero la ley, lo simbólico, permanece intacto, aún cuando se cuestione su autoridad para exigir el acatamiento estricto de las posiciones que establece. (Butler 1993: 160-161).

Con su resistencia a una performatividad de género convencional, pero con su propia performatividad de género y ante la aceptación masiva con la que su figura contó, Soralla de Persia pudo ser utilizada para el juego hegemónico y hasta como prueba contundente de una convivencia pacífica. No se trata por eso de que Soralla lograra ser una voz femenina dentro de una sociedad de leyes masculinas, una reivindicadora conciente del papel de la mujer, liberada de las presiones de sus discursos y su poder, del sistema de dominio creado y ejercido por hombres, con sus reglas, y censuras. Más bien lo que interesa es cómo con su incursión en ese mundo masculino, desde su condición femenina, es decir, desde un lugar inferior, con las posibilidades que tenía de ser mujer pública en ese contexto, con sus luchas y negociaciones dentro de esas pautas, hizo que su género y su subjetividad se entretujeran con ese universo masculino en múltiples situaciones. La pregunta podría ser, por eso, hasta dónde es factible ver las prácticas de Soralla de Persia como actos políticos, en tanto resignificaba con ellas dicho mundo discursivo. Pues convirtió su posición de pieza útil en el ajedrez político en su beneficio y a la vez benefició a sus seguidores.

Su modelo ejemplar en todo era una figura de mucha fuerza, un patriarca/ presidente/dictador/progenitor de la Segunda República. Un Caudillo mago, que ejerció el poder sobre sus seguidores y enemigos gracias a un contrato de orden social que simulaba la igualdad entre él y la existencia de la esfera pública sin practicarla (Solís 2006), acompañado de un “ejército pacífico” de hombres en los puestos de mando. Ella, haciéndose reflejada en esa imagen, se (de)formó hasta insertarse en ese orden con una *anatomía política desobediente*, pues la obediencia a las leyes, que se encarnan en el cuerpo desde antes de nacer, ofrece un margen de desobediencia. Sin embargo, estas prácticas no llegan a ser contrahegemónicas, ni nada parecido, pues si bien Soralla visibilizó prácticas que eran prohibidas por el Código Civil y por la iglesia católica desde la colonia, éstas no se prohibían ni se reprimían en la práctica, estaban por ello presentes y eran toleradas.

Con sus acciones, Soralla no eliminó dicha prohibición pero desafió de una manera discreta mandatos de la iglesia católica, sin verse perjudicada por esto y con la aprobación de grandes sectores populares. Así, inauguró y dejó en adelante abierto un espacio de una relativa transgresión, que no ha sido vuelto a llenar. Esa

“desobediencia”, nos dice Butler, pertenece a la gama de desobediencias que producen las leyes:

Allí donde se espera la uniformidad del sujeto, donde se ordena la conformidad de la conducta del sujeto, podría producirse el repudio de la ley en la forma de un acatamiento paródico que cuestione sutilmente la legitimidad del mandato, una repetición de la ley en forma de hipérbole, una rearticulación de la ley contra la autoridad de quien la impone. (Butler 1993: 180)

De modo que si los hombres de la posguerra alcanzaron la hegemonía, mediante una relación mágica entre la sociedad (incluso con un avance, pequeño pero significativo, en la relación mujeres/participación democrática), el poder y el caudillo mayor; Soralla por su parte, estableció una relación mágica con sus seguidores que le dio su cuota de gran poder. A pesar de que ella se identificó con el proyecto liberacionista, su identificación con el orden no tomó la forma de la devoción convencional, y así alcanzó una presencia en la sociedad y los medios no calculada para una *mujer-bruja*. Con ello provocó múltiples interacciones con las que, posiblemente sin saberlo, replanteaba los opuestos excluyentes que la imaginaban: cultura dominante, mundo moderno y masculino *versus* mundo de los dominados, cultura popular, mundo tradicional y femenino. Así contestó al discurso de la iglesia, de las elites, de la ley y de la academia, con reinterpretaciones de los mandatos imperantes. Y así llegó a convertirse en uno de los más grandes iconos de la cultura popular de la Costa Rica de las posguerras, haciéndose agente de la reestructuración de los mercados simbólicos por las nuevas tecnologías.